

LOS PRESOCRÁTICOS

Juan David García Bacca
(compilador)



POPULAR



177

LOS PRESOCRÁTICOS

COLECCIÓN POPULAR

Traducción y notas de
JUAN DAVID GARCÍA BACCA

JUAN DAVID GARCÍA BACCA

Selección, traducción y notas

Los presocráticos

JENÓFANES, PARMÉNIDES, EMPÉDOCLES,
REFRANERO CLÁSICO GRIEGO,
HERÁCLITO, ALCMEÓN, ZENÓN, MELISO,
FILOLAO, ANAXÁGORAS, DIÓGENES DE APOLONIA,
LEUCIPO, METRODORO DE KÍO, DEMÓCRITO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, El Colegio de México, 1944
Segunda edición, FCE, 1979
Decimotercera reimpresión, 2021

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

García Bacca, Juan David (selec.)

Los presocráticos / selec. trad. y notas de Juan David García Bacca. —
México : FCE, 1979

352 pp. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular)

ISBN 978-968-16-0166-9

1. Los presocráticos 2. Filosofía antigua I. Ser. II. t.

LC B165 G3618

Dewey 182 G2161p

D. R. © 1979, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Neri Ugalde

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-0166-9 (rústico)

ISBN 978-607-16-1153-6 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-4812-9 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------|----|
| <i>Prólogo</i> | 9 |
| <i>Advertencias</i> | 15 |
| Poema de Jenófanes | 21 |
| Parodia | 27 |
| Panegírico de la sabiduría | 28 |
| Poema de Parménides | 31 |
| Proemio | 33 |
| Poema ontológico | 37 |
| Poema fenomenológico | 45 |
| Poema de Empédocles | 51 |
| Proemio | 53 |
| Parte primera | 58 |
| Parte segunda | 76 |
| Parte tercera | 83 |
| Refranero clásico griego | |
| Sentencias de los Siete Sabios | 85 |
| Advertencia | 87 |

| | |
|--|-----|
| Cleóbulo | 87 |
| Solón | 88 |
| Quilón | 89 |
| Tales | 90 |
| Pítaco | 91 |
| Bías | 92 |
| Periandro | 93 |
| | |
| Fragmentos filosóficos de Heráclito | 95 |
| Fragmentos filosóficos de Alcmeón | 107 |
| Fragmentos filosóficos de Zenón | 111 |
| Fragmentos filosóficos de Meliso | 115 |
| Fragmentos filosóficos de Filolao | 123 |
| Fragmentos filosóficos de Anaxágoras | 131 |
| Fragmentos filosóficos de Diógenes de Apolonia . | 139 |
| Fragmentos filosóficos de Leucipo | 145 |
| Fragmentos filosóficos de Metrodoro de Kío | 149 |
| Fragmentos filosóficos de Demócrito | 153 |
| Sobre la ética | 155 |
| Sobre física | 156 |
| Sobre música | 157 |
| Fragmentos auténticos de obras no determinadas | 158 |
| Pensamientos de Demócrates | 158 |
| | |
| <i>Notas</i> | 181 |

PRÓLOGO

EN EL comienzo del diálogo platónico *Sofista* —y después de una presentación, estilo filosófico, del extranjero eleata, compañero de Parménides y Zenón— convienen Teodoro y Sócrates en que “todo filósofo no es, ciertamente, un dios; mas es divino” (*Sofista*, 216 c).

Teodoro, don de Dios, lo afirma resueltamente, y hasta se encuentra dispuesto a sostenerlo en pública plaza, en el ágora.

Sócrates le responde que le parece, por cierto, muy bella tal afirmación; pero que la raza de los filósofos, al igual que la de Dios, no resulta fácil de explicar y discernir.

“Porque —dice Sócrates— estos varones, los filósofos, se aparecen a los ojos ignorantes de la gente, cuyas ciudades recorren, bajo todas las formas fantasmagóricas —se entiende no de los filósofos de pega, sino de los filósofos de verdad, de los que miran desde arriba la vida de los de abajo—. A tales filósofos de verdad tiénelos unos por nada; mientras que otros los juzgan dignos de todo. Toman unas veces la forma apariencial de políticos; otras, la de sofistas; y no faltan ocasiones en que

dan que pensar si estarán locos de remate” (*Sofista*, 216, c-d).

Parménides, Jenófanes y Empédocles se dedicaron también, durante una época de su vida, a dar vueltas (*ἐπιστροφῶσι*, *Sofista*, *loc. cit.*) por las ciudades de Grecia, de la Grecia madre y de la Grecia colonial, dando recitales de filosofía, cantados según el ritmo, acentuación y melodía de hexámetros, y, probablemente, según un compás o sistema de pasos de baile, a imitación de los rapsodas épicos.

Así iban por el mundo nuestros antepasados en la filosofía.

Y cantaban y bailaban sus poemas, las gestas de los Dioses y de los hombres, del Ente y del mundo, ante los ojos atónitos de la gente, durante el breve espacio entre el desconcierto inicial del auditorio y la carcajada final por las locuras de tales “locos de remate” (*παντὰ πασι μανικῶς*).

El gentil compás de pies de nuestros gloriosos antepasados en la filosofía debió cambiarse, más de una vez, en descompasada huida o en aquellos descompasados insultos —valientes, cordiales, en sarta—, que todos los filósofos-recitadores nos han conservado en sus poemas:

“sordos, ciegos, estupefactos, bicéfalos, raza demente...” (Parménides, I.3); y los términos “imbéciles, los muy necios, miserables...” repetidos frecuentemente y dedicados a “los mortales, a los humanos, a los Muchos...” sin ambigüedad ni circunloquios.

Más de uno de tales recitales filosóficos pudo terminar en pedradas, si los oyentes se dieron por enterados y aludidos; cosa más que probable, pues la Gente, Don Anónimo, Don Nadie, tiene los sentimientos bajo for-

ma de re-sentimiento, y el resentimiento todo lo vive bajo el aspecto de insulto y a todo responde con “voces, gritos, confusiones, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre”.

A los nobles intentos de nuestros gloriosos antepasados en la filosofía tal vez respondió la Gente de entonces como los galeotes a Don Quijote: a pedradas.

Y, por ciertas sentencias de los Poemas que a continuación traduzco, se puede fundadamente conjeturar que Jenófanes, Parménides y Empédocles debieron retirarse más de una vez de sus públicos recitales “mohinísimos de verse tan malparados por los mismos a quien tanto bien habían hecho”.

No faltan, por desgracia de nuestros malhadados tiempos, lugares y aun naciones enteras donde ciertos recitales de ciertas filosofías terminarían en pedradas y en la cárcel. Por ejemplo, si en cierta nación de cuyo nombre me duele en el alma acordarme se diera un filósofo suficientemente valeroso para decir cara a cara a ciertas personillas aquellos versos del *Panegírico de la Sabiduría* de Jenófanes:

Aunque arrebatate la victoria
—o por los pies veloces
o en los quintuples juegos, como atleta,
los de a la vera del agua del Pisas,
allá en la región olímpica,
junto al templo de Júpiter,
o en luchas mano a mano
o en el tanto rudo afán del pugilato—;
aunque gane la victoria
en el combate pavoroso

que combate se llama de combates
y por estos motivos
sea en el parecer de sus conciudadanos
más admirable que ellos...

[...]

aunque de una vez alcance todo esto
su dignidad no es pareja a la mía;
que es mi sabiduría más excelsa
que vigor de hombres,
que de caballos fuerza.

O si en otros lugares, asientos y cátedras de infalibilidad —política, social, económica, religiosa...—, apareciese un loco de remate, un filósofo, que recitase aquellas otras palabras del mismo Jenófanes:

Jamás nació ni nacerá varón alguno
que conozca de vista cierta lo que yo digo
sobre los dioses y sobre las cosas todas;
porque, aunque acierte a declarar las cosas
de la más perfecta manera,
él, en verdad, nada sabe de vista [cierta].

La apariencia más propia del filósofo genuino, tal vez sea, ante y respecto de la Gente y de Don Nadie, la de “loco de remate”.

Pero, ¿será posible en nuestra época filosófica, preguntaré con Unamuno, “desencadenar un delirio, un vértigo, una locura” filosófica?

“No se comprende ya ni la locura. Hasta el loco, creen y dicen que lo será por tenerle su cuenta y razón. Lo de la razón de la sinrazón es ya un hecho...” y un

axioma en ciertas, en casi todas las filosofías donde todo lo racional es real y todo lo real es racional, donde el orden de las cosas es el mismo que el orden de las ideas... (cf. Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, parte primera).

Como locos de atar pasaron nuestros gloriosos antepasados en la filosofía; y como locos de remate parecían, en especial, los filósofos helénicos primitivos. Tales eran: Dioses con apariencias de locos, varones divinos bajo el disfraz de mente-catos, de captos-mente, de capturados y posesos en sus mentes por la divinidad misma.

No sé si será ya posible en nuestra época filosófica desencadenar la locura filosófica y que los filósofos pongamos a la Gente en el aprieto —pongamos en tal aprieto inclusive a nuestros amigos— de tener que decidir si somos locos o dioses, mentecatos o varones divinos.

Lo menos que en mi sentir he creído debía hacer es traducir los Poemas de aquellos locos divinos que se llamaron Jenófanes, Parménides y Empédocles.

Universidad de Morelia,
23 de septiembre de 1942

ADVERTENCIAS

1) Esta obra ofrece al lector tres poemas filosóficos:

a) El primero pertenece a Jenófanes. La fecha de su nacimiento parece caer hacia el 570 a.C. En 545 abandonó su patria, Colofón, en el Asia Menor, y se retiró al sur de Italia, a Elea. El motivo fue la invasión de los persas sobre los jonios. A ella se refieren los últimos versos de la Parodia que hallará el lector entre los fragmentos traducidos. Comenzó sus peregrinaciones filosóficas por Hélada a los 25 años, y duraron unos 67, muriendo al menos de 92, tal vez de 100, como afirma Censorino. Ganó su vida, así lo dice la tradición y se colige de los fragmentos conocidos, dando recitales de filosofía, con intermedios de Elegías, Parodias, Panegíricos... De tales formas literarias hallará aquí el lector algunos modelos.

b) El segundo poema es el de Parménides de Elea. Su nacimiento se fija entre el 515 y el 510 antes de nuestra era, de modo que su juventud debió coincidir con la edad avanzada de Jenófanes. Sin entrar en las disquisiciones de los historiadores de la filosofía, parece cierto que Parménides fue discípulo de Jenófanes. Así lo testimonia Aristóteles (*Metafísicos*, I,5).

El Poema de Parménides parece datar del 470 a.C.

c) El tercer poema tiene como autor a Empédocles de Agrigento. Nació hacia el 490 a.C. Su familia pertenecía al partido democrático de Agrigento, y por él trabajó larga y fervorosamente Empédocles mismo. Se cuenta que le ofrecieron la realeza, mas la rechazó. Y se dedicó a largas peregrinaciones por las ciudades griegas de Sicilia e Italia, siendo por todas partes venerado como médico, como sacerdote, como orador y como milagrero. Él mismo se atribuía poderes mágicos. Parece que murió en el Peloponeso, huido de su patria y en disfavor popular. Sobre su muerte circularon las más fantásticas leyendas; entre ellas, la de que después de un sacrificio había desaparecido de misteriosa manera.

2) A la exposición y comentarios del Poema de Parménides he dedicado otra obra muy extensa (*El Poema de Parménides*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, 1943, 242 pp.). La presente no intenta valorar estos tres poemas desde el punto de vista filosófico, sino ofrecer sencillamente al lector los poemas, dejando que susciten en él impresiones directas, lejos de toda interpretación técnica, cual la impresión de un paisaje natural, sin secretas intenciones mineras, geológicas o botánicas.

Es claro que, siendo mi profesión la de filósofo, no habré podido evitar una interpretación filosófica en la elección misma de los términos y frases. Ojalá algún literato acometa la faena complementaria de traducir y valorar —de interpretar también— estos poemas desde su punto de vista, que será, inevitablemente, “otro” punto de vista, pero no menos necesario e interesante que el de la presente traducción.

3) Los tres poemas no se nos han conservado cual otras obras unitarias, sino por citas sueltas de diversos autores antiguos. Resulta, pues, faena algún tanto arbitraria reducir las citas y fragmentos a una unidad sistemática. En la traducción presente se han elegido los que para el intento de esta obra parecían más interesantes y sugestivos. Cuando dos fragmentos seguidos en el texto de esta traducción no presentan un cierto mínimo de unidad —mínimo sujeto al criterio del traductor o compilador—, se hallarán separados por una serie de puntos. Y cuando un verso o varios aparezcan, según las citas conservadas, como truncados, irán precedidos o seguidos de tres puntos.

Por estos motivos, se hallará, por ejemplo, que el orden de los fragmentos y estrofas de la traducción presente no coincide a veces con el orden de la edición de Diels-Krantz, y coincide con otra menos “filológica” y más “filosófica”.

4) A cada poema dedico una serie de notas aclaratorias. Téngase, empero, presente que no son comentarios filosóficos ni filológicos, sino brevísimas ilustraciones del sentido más inmediato, sin pretensiones algunas ni científicas ni literarias.

5) He extremado la fidelidad en la traducción del original griego, empleando aquellas palabras castellanas que conservan la raíz griega, cuando todavía se empleen en un sentido igual o aproximado. Y cuando alguna palabra deba entenderse en su fuerza etimológica primitiva, se la hallará descompuesta por un guión o entre comillas.

6) La forma literaria de la presente traducción no es, aunque lo parezca a ratos, el verso.

Se asemeja, más bien, a un “recitado”; es decir, a una

sucesión uniforme y acentuada, con ciertas cadencias finales sumamente sencillas y elementales. Casi una salmodia estilo gregoriano.

Las principales diferencias con la prosa corriente son éstas:

1) una lectura acentuada, dentro de una sucesión de sílabas todas a una misma altura tonal, sucesión más o menos larga según los casos;

2) cadencias finales, parecidas a la asonancia o consonancia clásicas. Además, como se trata de poemas filosóficos o interpretados filosóficamente, la traducción hace resaltar determinadas sentencias, engastándolas cual diamantes y haciéndolas destacarse del conjunto. Tales diamantes conceptuales rompen ciertamente la unidad del texto melódico, pero como su presencia y forma caracterizan un poema como “filosófico”, no he creído poder evitar tales tropiezos literarios.

Frases cual las de Parménides: “del Ente es propio ser”, “del Ente no es propio no ser”... nada tienen, por cierto, ni de sonoras ni de poéticas, tal como suelen entenderse estos términos y cualidades. Pero constituyen ellas precisamente los diamantes conceptuales cristalizados a lo largo del río de hexámetros del poema, mientras que en el río de hexámetros de un poema homérico no se presentan tales fenómenos de cristalización en “proposiciones”; casi no aparecen ni el verbo “es” ni la forma de proposición atómica “A es B”. Toda proposición, en su forma técnica y estricta, rompe la continuidad del río de palabras —armoniosas y continuas— que es todo poema no filosófico.

Pero saber inventar un con-texto bien tejido de palabras que se deslice en música de hexámetros y dentro del

cual surjan y cristalicen “proposiciones” —inmutables, eternas, bien cinceladas, de radiante y cortante perfil—, constituye la originalidad de un poema filosófico.

Saber “afirmar”, afirmándose en la no firme corriente de un río de hexámetros, saltando de proposición a proposición cual de isla a isla en una corriente de palabras musicales, hacer surgir “paréntesis ideales” en el periodo de una corriente verbal: tal es la invención y en ello se cifra la originalidad de un poema filosófico.

La disposición de las palabras dentro de cada estrofa de la traducción se regula por el concepto de “estrofa filosófica”: conjunto de palabras centrado o cristalizado alrededor de una idea. Por este motivo las estrofas adoptan a veces formas raras. Tales formas se hallan guiadas por una secreta intención ideológica: colocar bajo una palabra o frase otras complementarias de ella, inversas o deducidas... Se ordena, pues, y se subordina la disposición verbal a la comprensión ideológica, a una escenificación, en el escenario plano del papel, de la idea por medio de los personajes negros de la palabra impresa.

Y jugando con la significación etimológica de las palabras griegas, diría que cada página debiera resultar “teatro” (θέατρον), lugar de contemplación (θεᾶ) y exhibición de una idea, de lo visible (εἶδος, ἰδεῖν, videre) por antonomasia.

Página como teatro ideológico.

Página como partitura de música ideológica.

Dos planes de exhibición de las ideas. El primer plan, helénico, por visual y por contemplativo-estático. El segundo, de Mallarmé, en su *Un coup de dés jamais n'abolira le Hasard*.

La traducción presente, por desgracia para el traductor y los lectores, ha dejado en planes tales planes, en planes para otros más afortunados y mejor dotados.

7) Advierto al lector que el texto traducido atiende de vez al contenido filosófico y a la forma literaria, mientras que las notas se fijan sobre todo en el aspecto filosófico. Por esto, al citar el texto en las notas, lo hacemos con ligeras variantes que hagan resaltar más el sentido filosófico.

Aprovecho estas últimas líneas para agradecer a mis distinguidos amigos José Carner y Alfonso Reyes sutiles advertencias que, sobre la forma literaria de los poemas, han tenido la amabilidad de hacerme.

Poema de Jenófanes

*

I.1

Entre los Dioses
hay un Dios máximo;
y es máximo también entre los hombres.
No es por su traza ni su pensamiento
a los mortales semejante.

Todo Él ve; todo Él piensa; todo Él oye.
Con su mente,
del pensamiento sin trabajo alguno,
todas las cosas mueve.

Con preeminencia claro
es que en lo mismo permanece siempre
sin en nada moverse,
sin trasladarse nunca
en los diversos tiempos a las diversas partes.

I.2

Mas los mortales piensan
que, cual ellos, los dioses se engendraron;
que los dioses, cual ellos, voz y traza y sentidos poseen.

Pero si bueyes o leones
manos tuvieran
y el pintar con ellas,
y hacer las obras que los hombres hacen,
caballos a caballos, bueyes a bueyes,
pintaran parecidas ideas de los dioses;
y darían a cuerpos de dioses formas tales
que a las de ellos cobrarán semejanza.

I.3

Homero, Hesíodo
atribuyeron a los dioses
todo lo que entre humanos
es reprehensible y sin decoro;
y contaron sus lances nefarios infinitos:
robar, adulterar y el recíproco engaño.

**

I.4

De Agua nos engendraron a todos, y de Tierra.
Y Tierra y Agua son todas las cosas que nacen
y se engendran.

1.5

El límite superno de la Tierra
—el que ante el pie se extiende—,
se ve inmediato al Éter;
mas de la Tierra alcanzan las partes inferiores
al Infinito.

1.6

Lo que se llama Iris
no es más que una neblina;
a la que acontece idearse
como amarilla y como púrpura,
como la púrpura fenicia.

1.7

Jamás nació ni nacerá varón alguno
que conozca de vista cierta lo que yo digo
sobre los dioses y sobre las cosas todas;
porque, aunque acierte a declarar las cosas
de la más perfecta manera,
él, en verdad, nada sabe de vista.
Todas las cosas ya por el contrario
con Opinión están prendidas.

I.8

No enseñaron los dioses al mortal
todas las cosas ya desde el principio;
mas si se dan en la búsqueda tiempo
cosas mejores cada vez irán hallando.

I.9

Es esto lo que ser me ha parecido
mas vero-símil con lo verdadero.

PARODIA

I.10

En el tiempo invernal
así al Fuego hay que hablar
—estándose uno bien echado
en lecho blando,
en buena hartura,
bebiendo dulce vino,
comiendo sus garbanzos—:
Tú, ¿de qué raza de varones eres?,
¿cuál es ya el cuento de tus años, Fuerte?
¿cuántos tenías cuando nos invadía el Medo?

PANEGÍRICO DE LA SABIDURÍA

I.11

Aunque arrebatare la victoria
—o por los pies veloces
o en los quintuples juegos, como atleta,
los de a la vera del agua del Pisas,
allá en la región olímpica,
junto al templo de Júpiter,
o en luchas mano a mano
o en el tanto rudo afán del pugilato—;
aunque gane la victoria
en el combate pavoroso
que combate se llama de combates,
y por estos motivos
sea en el parecer de sus conciudadanos
más admirable que ellos
y para él se levante en los combates
asiento más subido,
y aunque por el erario de la ciudad se viera sustentado
y aun le dieran el don por que más encareciera
y aunque en carreras de caballos venza...
aunque de una vez alcance todo esto
su dignidad no es pareja a la mía;

que es mi sabiduría más excelsa
que vigor de hombres,
que de caballos fuerza.

I.12

Ya siete más sesenta
son los años que traen mi mente de acá para allá
por las tierras helenas;
¡y ya tenía entonces mis veinte de nacido!
Mas, aun con tantos años,
¿decir podría con verdad que de estas cosas algo sepa?

I.13

Que aun yo mismo no tuve más remedio,
viendo por ambos lados cada cosa,
que una vez, otra y otras muchas
cual flecha disparar el pensamiento.
Mas ahora,
ya viejo,
no cazador, por cierto, de toda sutileza,
por camino doloso engañado me encuentro;
porque hállese mi pensamiento donde se halle
se me des-hace este Todo hacia Uno;
aunque, por otra parte,
todos y cada uno de los seres,
siempre y sólo arrastrados,
a una naturaleza tendiendo están
y en naturaleza homogénea encuentran su reposo.